

# *Nada a la vista*

Pedro Pablo Paredes

---

La política, en los países no desarrollados como el nuestro, es casi trágica. Lo es por una causa que, reiterada, es familiar a todos los venezolanos. La inestabilidad de la vida en todos sus aspectos. ¿Cómo así? Muy transparentemente consiste en un fenómeno que, si no fuera tan radicalmente negativo, debería merecer análisis reiterados para instrucción de todos. Consiste en la inestabilidad política de la organización, de la concepción, de la dirección de la sociedad. En una palabra no más. Consiste en que, por razón de la incultura de nuestros gobernantes, cada uno que va ascendiendo al poder nos da la impresión, entre cómica y repelente, de que está repitiendo el descubrimiento de América.

¿Se puede explicar, de alguna manera, se puede justificar más bien, el hecho de que todo gobernante nacional actúe tal como si estuviera, como cualquier otro Colón, descubriendo nuestra asendereada patria? Esto parece inexplicable. Pero, ante todo, tenemos que ser sinceros. El hecho tiene su explicación clarísima. El factor que influye para que semejante actitud la repita cada uno de los venturosos venezolanos que alcanzan el poder es tan claro como la luz del día. Del día político, naturalmente. Del día en que cada gobernante nacional que entra en Miraflores, sin pensarlo mucho, se siente que está descubriendo la pólvora.

Lo primero que le vemos, y lo hemos visto hace rato, un rato de tres o cuatro años, es que nuestro venturoso representante comienza por cambiarle los nombres a las cosas. Como si el cambio de los nombres tuviera que ver con el progreso en alguna forma. Nosotros, por nuestra confianza con los libros de cada día, hemos aprendido que los hechos políticos jamás pueden ser improvisados en cada mañana. Tienen que poseer raíces, nada menos que de permanencia, es decir, de continuación. Esto, porque en materia política, salvo que se trate de una revolución verdadera, el secreto del éxito está en la continuidad de todo, salvo aquello de las minucias que va imponiendo, indiscutiblemente, el tiempo. Una especie de doctrina que, si a ver bien vamos, no la conoce nadie en nuestra patria. Y, a propósito, ¿qué hemos ganado con haberle cambiado el nombre al Congreso Nacional por el de Asamblea? Estos cambios nos dan risa y, al mismo tiempo, conmiseración. Risa y conmiseración que nos fuerzan a preguntarnos qué tendrán en la cabeza, es decir, en lo que otros denominan cultura, nuestras gentes políticas. Pues, nada. Y para salir del paso, que no tiene nada de honroso, nos acogemos a esta nada para ponerle punto final al tema presente.